



Excmo. Sr. D. Jacobo Israel Garzón
Presidente de la Federación de Comunidades Judías de España

¿Cuál es el mensaje de paz que transmiten las religiones monoteístas?

Les confieso que tuve muchas dudas antes de aceptar esta invitación. Las dudas me las provocaba el tema o lema de la convocatoria: *La religión, dimensión ausente de la diplomacia y de la política de Oriente Medio*. En primer lugar dudé sobre si era una aseveración o una pregunta, y finalmente opté por aceptar la invitación y el reto que suponía.

Albert Einstein estableció en 1931, en Oxford, la *Fundación Internacional Einstein de Resistencia a la Guerra* y mantuvo sobre el tema de la guerra un intercambio epistolar con Sigmund Freud que fue publicado bajo el título *¿Por qué la guerra?* Einstein, disertando sobre el ansia de poder de las clases gobernantes, el apetito político y el deseo de odio y destrucción que el hombre lleva consigo, dirigió una pregunta a Freud sobre si era posible controlar la evolución mental del hombre para evitar la psicosis del odio y de la destrucción.

Cuando uno analiza un conflicto bélico siempre hay, además del telón de fondo económico sobre el que se asienta la guerra, además del deseo de violencia del hombre, su psicosis de odio y destrucción, por utilizar la expresión de Einstein, un componente de tipo ideológico o identitario. Así, muchos de los conflictos del nacimiento de las naciones europeas por el estallido de los imperios, tuvieron claramente motivos de identidad, eran guerras entre pueblos. Sin embargo, la revolución francesa, la rusa o la guerra civil española, por poner unos ejemplos, tienen claramente motivos ideológicos: el pueblo es uno, pero dividido entre ideologías diferentes.

Existen sin embargo conflictos en los que la propaganda enmascara la realidad. El primer conflicto de este tipo fue la guerra civil libanesa. Un determinado periódico nacional de amplia tirada titulaba permanentemente las numerosas noticias que el conflicto producía, como el conflicto entre los cristianos derechistas y los musulmanes izquierdistas, lo que no dejaba de producir asombro. ¿Eran izquierdistas todos los musulmanes? ¿Eran derechistas todos los cristianos? ¿Qué papel jugaban los cristianos de izquierda o los musulmanes de derecha? Sin duda, un elemento crucial en la guerra civil libanesa fue la identidad basada en diferenciaciones religiosas, no tan solo a nivel de las grandes ideas sino de las tendencias de cada religión. Cada una de las distintas confesiones de origen musulmán, por ejemplo, chiitas, sunitas o de la secta separada de los drusos, además de los cristianos, tenían su propio grupo político.

La guerra de la antigua Yugoslavia fue también, en cierta medida, un conflicto de identidades basadas en diferenciaciones que, en gran parte, aunque no exclusivamente, eran religiosas. La gran diferencia entre los serbios, los croatas y los bosnios parece ser la religión. El componente religioso de la identidad es demasiado fuerte en determinados casos como para no caer en la simplificación de suponer a los conflictos de identidad un carácter religioso.

En el conflicto del Oriente Próximo también las identidades tienen hoy un componente religioso fuerte, aunque no exclusivo. No es fácil dilucidar, en un conflicto identitario como el del Próximo Oriente, si la religión es una dimensión ausente de la diplomacia o de la política, o si más bien está omnipresente. Porque los componentes religiosos de identidades en guerra son importantes, pero la guerra en sí no es una guerra de religión; y no es una guerra de religión porque no es una guerra ideológica. Aviezer Ravitzky, profesor de la universidad hebrea de Jerusalén, escribe que "es posible resolver un conflicto entre países mediante un compromiso político. Es mucho más difícil resolver un conflicto entre pueblos porque intervienen sus memorias históricas colectivas".

Y, añadido yo: si dentro de esta memoria colectiva la religión es parte importante, la dificultad es aún mayor. Por lo tanto, lo que podemos hacer no es lamentar que la religión sea una dimensión ausente de la diplomacia y de la política, sino que lo esté la voluntad pacificadora de las religiones.

Un grupo de más de cientos setenta teólogos y pensadores judíos elaboró hace unos años un documento sobre sus relaciones con los cristianos, que tenía una cláusula para trabajar juntos por la justicia y la paz que decía así:

“Los judíos y los cristianos reconocen, cada uno a su manera, que la situación de no-redención del mundo se refleja en la persistencia de la persecución, la pobreza, la degradación humana y la miseria. Aun cuando la justicia y la paz pertenecen en última instancia a Dios, nuestros esfuerzos conjuntos, unidos a los de otras comunidades de fe, contribuirán a instaurar el Reino de Dios que esperamos y anhelamos. Por separado y en conjunto, debemos trabajar para instaurar la justicia y la paz en nuestro mundo. En esta empresa, somos guiados por la visión de los profetas de Israel: *Sucedirá en días futuros que el monte de la Casa del Señor será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos, y nosotros sigamos sus senderos. (Isaías 2, 2-3)".*

El trabajo conjunto entre las religiones, no sólo el judaísmo y el cristianismo, sino también, por supuesto, el Islam, es necesario para ayudar a establecer un mundo en paz, con ausencia de disturbios, conflictos, violencia y guerra. Porque no todas las culturas han preconizado siempre la paz. Algunas culturas antiguas, como la de los hunos, exaltaba el papel y las virtudes de los guerreros.

Para el judaísmo, por el contrario, la paz es un objetivo esencial para la vida. “La paz –dice el Talmud– es para el mundo lo que la levadura para la masa”. El rezo de la *Amidá*, que se dice tres veces por día, finaliza con la palabra *shalom*. El *bircat hamazón* (la bendición después de la comida) termina con la palabra *shalom*. El *bircat cohanim* (la bendición de los antiguos sacerdotes) termina con la palabra *shalom*. En el propio Talmud, que también termina con la palabra *shalom*, está escrito: “Shalom es uno de los nombres de Dios”. El saludo hebreo milenar es *Shalom*. El arquetipo a imitar en la tradición judía es el del personaje de Aarón, a quien se define no como alguien que sólo ama la paz, sino como quien la procura activamente, *Rodef Shalom*. En el Talmud, en el tratado Berajot, se estipula que una de las funciones de los sabios judíos, de los *jajamim*, es difundir la paz.

La paz, el *shalom*, tiene mucho que ver con la justicia. Decía Martin Luther King: “La paz verdadera no es simplemente la ausencia de tensión: es la presencia de justicia”. R. Hilel decía: “Cuanto más Torá, más vida; cuanto mayor reflexión en el estudio, mayor entendimiento; cuanto más justicia, más paz”. Porque a veces, como dice la canción popular israelí: *Kulam medabrim al shalom.... af ejad medaber al tzedek.... (Todos hablan de paz.... nadie habla de justicia....)*.

Freud explica en su epistolario con Einstein, al que hemos hecho referencia, que el propio derecho es un derivado de la violencia, y que la guerra ha sido siempre el estado natural del hombre, que éstos han sublimado en leyes. La paz es un anhelo de la humanidad cada vez más difícil de conseguir en el mundo. Probablemente porque es difícil de establecer la justicia. A menudo se sustituye la justicia por el derecho, por un conjunto de leyes generales establecidas por los hombres, como explicaba Freud. Sin embargo, los hombres de bien podemos percibir –más allá de las leyes- lo que es justo, que es siempre un equilibrio encuadrado dentro del respeto por aquello que nos rodea.

La violencia y la guerra están presentes en el mundo, y no han dejado de estarlo desde siempre. Como explicara un analista “lo que empuja a los individuos a la violencia es el ahogo prolongado de su autorrealización, combinado con la imposibilidad de encontrar significados”.

La violencia humana no parte solamente de la defensa de nuestros intereses, sino también del accionar de los instintos. Los instintos de las personas pueden arrastrarlas individual y colectivamente a la violencia incluso en contra de sus intereses. Por eso es importante el dominio de los instintos en nuestra relación con el otro. La religión debe ser un marco para establecer este dominio, para permitir al hombre la posibilidad de encontrar significados y crear un marco para la paz.

El valor de la paz en relación con el otro está omnipresente en el judaísmo. El versículo que dice “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” es del libro del Levítico. R. Hilel resumía toda la Torá en pocas palabras: “No le hagas a tu prójimo lo que no quieras para ti, ahora ve y estúdiala”. El trabajo de estudiar la Torá, que puede servir para cualquier libro sagrado de cualquier religión, ha de ser descifrar la enseñanza para que se convierta para cada uno de nosotros en una forma de vida en el amor y la solidaridad, la paz y la justicia entre los hombres.

El Talmud nos habla de dos escuelas rabínicas que estuvieron en sistemático desacuerdo acerca de la aplicación de la ley: la Escuela de Shamai y la Escuela de Hilel. Se llegó a dictaminar que ambas opiniones eran legítimas, pero los postulados de la Escuela de Hilel fueron los que prevalecieron en la Halajá, la ley religiosa. ¿Por qué?, se pregunta el Talmud. La respuesta talmúdica es: “porque los miembros de la Escuela de Hilel eran amables y humildes, y explicaban también la opinión del adversario”. El respeto del otro, del adversario, es muy importante en el judaísmo.

El holandés Hugo Grotius compuso en el siglo XVII los fundamentos morales del moderno derecho internacional, y en su obra, *De Jure Belli ac Pacis* (1625), exaltó la solución por vía pacífica de los conflictos internacionales, dejando el margen necesario para legitimar una guerra. Probablemente, la única forma de que la religión pueda ayudar a resolver los conflictos del Oriente Próximo y Medio, y sea útil su presencia en la diplomacia y en la política, es por una parte colaborando en su racionalización, y por la otra acercando a los actores a una posición de acuerdo y de respeto mutuo, haciendo todo lo posible por el lado religioso para su solución pacífica, tal y como pedía Grotius.

Me refería en párrafos anteriores a las relaciones entre cristianos y judíos, y a la declaración *Dibru Emet*. También me gustaría referirme a un intercambio de escritos en el sentido de la paz entre musulmanes y judíos. Recientemente, el 25 de febrero del 2008, se hizo un llamamiento a la paz, al diálogo y a la comprensión entre judíos y musulmanes por parte de un grupo de eruditos musulmanes, entre ellos el sheij Michael Mumisa, de la Universidad de Cambridge, constatando que “judíos y musulmanes están hoy separados por sentimiento de bronca, que en muchos lugares del mundo se traduce en violencia”. “Nuestra lucha –añade el escrito- no es contra el *choque de civilizaciones* sino contra el *choque de la falta de entendimiento*. Los estereotipos arraigados y los preconceptos nacen de la distancia entre las comunidades y hasta en *la demonización del otro*”. Y agrega: “Tenemos más en común entre nuestras religiones y nuestros hombres que lo que nosotros sabemos”.

El Comité Internacional Judío para la consulta interreligiosa (IJCIC), que representa al mundo judío ante otras religiones del mundo, ha respondido con la declaración titulada *Busca la paz y persíguela*. La declaración expresa que precisamente porque existe el “peligro a una errada concepción de innata hostilidad entre el Judaísmo y el Islam”, es importante afirmar “la historia dinámica de interacción que nuestras comunidades han compartido entre sí”. La declaración añade que los “líderes de nuestras respectivas comunidades religiosas tienen el mandato en particular de repudiar el asesinato, la violencia, la injusticia y la corrupción”, e invita a los musulmanes a desarrollar el diálogo “con el fin de perseguir que el mundo sea mejor a través de un esfuerzo conjunto”.

Son sin duda pequeños pasos, pero necesarios para establecer un marco de trabajo interreligioso que nos permita a todos apreciarnos por lo que nos une y respetarnos por lo que nos diferencia, y trabajar conjuntamente, como deseaba Grotius, para la resolución pacífica de los conflictos que

afectan a los pueblos que llevan la religión incrustada en la propia identidad. Sólo así colaboraremos en la realización de la profecía de Isaías, en que los pueblos “transformarán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces. Ya nunca alzaré espada nación contra nación, ni volverán a aprender a hacer la guerra”.

Nada más. Muchas gracias.